

Solemnidad de la Natividad del Señor durante el día A2025 Bis

Existe una larga tradición inmortalizada en el libro del Éxodo (33:20) que dice: «Nadie puede ver a Dios y permanecer con vida». Cuando Abraham, Moisés y los profetas hablan de Dios que les habló, los llamó y les encomendó una misión, no lo vieron cara a cara. Al contrario, oyeron su voz desde una zarza ardiente; tuvieron una visión en la que Dios les habló.

Ese Dios invisible, al que nadie había visto antes, decidió hacerse visible en Jesucristo haciéndose hombre. La carta a los Hebreos describe los numerosos intentos de Dios por comunicarse con el mundo y revelar su amor.

Primero, intentó revelarse a sus antepasados mediante la obra de su creación. Luego, intentó dar a conocer su voluntad por boca de los profetas. Finalmente, cuando se cumplió el tiempo, envió a su Hijo al mundo, por medio de quien creó todas las cosas desde el principio de la creación.

La Navidad es la celebración de esa revelación de Dios al mundo, la verdad de que Dios eligió hacerse visible haciéndose hombre. La Navidad es la fiesta del amor de Dios por nosotros, un amor tan grande que desciende y mora con nosotros.

La Carta a los Hebreos dice que Jesús es la imagen perfecta del Dios invisible. Es el reflejo de la gloria del Padre y la huella dactilar con la que Dios sostiene todo lo existente. San Juan añade a esta descripción lo siguiente: Jesús es el Verbo del Padre con quien creó el universo. Preexiste desde el principio del mundo; porque todo fue hecho por medio de él, y sin él nada fue hecho.

La Navidad es la celebración del misterio de Dios haciéndose hombre para salvarnos. El Dios siempre invisible se ha encarnado y se ha hecho hombre como nosotros. En Jesús, Dios ha tomado rostro humano y se ha desposado con la naturaleza humana. Jesús estuvo desde el principio con Dios y es Dios. Da vida al mundo y a quienes creen en él.

Jesús es la luz que el Padre ha enviado al mundo para iluminar nuestra oscuridad. Quien acepta la luz de Dios nunca se perderá. Jesús, la palabra del Padre, es el regalo de Dios al mundo para traernos paz y alegría. Quien lo acoge y sigue sus caminos tendrá la paz de corazón que supera cualquier bien que alguien pueda tener en esta vida.

Si queremos que la luz y la vida de Dios se manifiesten en nosotros, necesitamos transformar nuestras vidas, conformarlas a la imagen de Aquel que se hizo uno de nosotros para que seamos parte de él. Debemos abandonar todo mal comportamiento que nos empuja a elegir el pecado y la muerte en lugar de la vida. Por eso, la celebración de la Navidad nos reta a abrazar a Jesús, a ser como él y a vivir según sus palabras.

Tengan una certeza, hermanos y hermanas: Dios los ama. Por eso envió a Jesús para ser uno de nosotros. Hagan bien en unirse a nosotros esta noche para celebrar este Día. Sepan, sin embargo, que el amor nunca fuerza la entrada. El amor siempre requiere una bienvenida, y esto también aplica al ofrecimiento de amor de Dios. Si queremos hacer más que celebrar la Navidad por nostalgia, Si queremos abrir nuestros corazones a la increíble oferta de gracia que nos trae esta temporada, tenemos que cambiar.

En el centro de la Navidad, se encuentra el misterio de Dios que se ha hecho uno de nosotros. En Jesús, el Dios siempre invisible se ha encarnado y se ha hecho humano como nosotros. En Jesús, Dios ha tomado rostro humano y se ha abrazado a la

naturaleza y la historia humanas. Desde ahora, sabemos que Dios tiene rostro y nombre. Desde ahora, sabemos quién es Dios para nosotros porque es «Emmanuel».

La Navidad nos dice que, en medio del sufrimiento que nos rodea en este mundo, no estamos solos. Dios comparte con nosotros cada parte de nuestro sufrimiento, desafíos y dificultades. Camina con nosotros, derrama lágrimas con nosotros y espera con nosotros. Comparte con nosotros cada dolor que nos desgarrar el corazón. Cuando años después, Jesús muera en la cruz por nosotros, confirmará la verdad ya expresada en su nacimiento: lo asumió todo con nosotros y por nosotros. Saber que Dios está con nosotros y nos ama marca la diferencia en nuestras vidas. Nos da el coraje para afrontar el presente y la esperanza para luchar por el futuro.

La Navidad no es la celebración de un acontecimiento pasado, sino de un acontecimiento que tiene lugar hoy, mientras nos esforzamos por vivir en el espíritu de Cristo. La Navidad nos lleva a contemplar el rostro de Dios en el niño del pesebre. Hoy hay una revelación de Dios que se hizo pobre, pero también hay una revelación de un mundo nuevo y el comienzo de una nueva historia entre Dios y la humanidad.

La Navidad nos invita a vivir nuestra vida presente desde los valores del reino de Dios. El niño del pesebre nos recuerda que en él nos hemos convertido en hermanos y hermanas. Por lo tanto, debemos aceptarnos unos a otros a pesar de nuestras diferencias. Debemos ir al encuentro de los demás, no tener miedo de los demás, aunque sean diferentes a nosotros. Abrámonos a las diferencias, porque todos somos iguales ante el pesebre.

Alegrémonos con los ángeles y todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Hagamos nuestra la alegría y la alegría que conmovieron a Jerusalén con el regreso de los deportados. Entonces podremos decir con Isaías: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del que trae la buena nueva, anunciando la paz, trayendo buenas nuevas, anunciando la salvación y diciendo a los desesperados y necesitados: «Tu Dios es Rey» y en Jesús tienes un Salvador».

Esta Navidad se ve ensombrecida por los acontecimientos negativos que suceden en el mundo, como en las aguas del Caribe con Venezuela, Gaza, Líbano, el este de la República Democrática del Congo, etc. Es tentador mirar lo que sucede lejos de nosotros y anhelar la paz. Sin embargo, eso nos haría olvidar que cada uno de nosotros es un campo de batalla. Si no ganamos la guerra interior, nunca traeremos paz a los demás. ¡Que el nacimiento de Jesús nos ayude a trabajar por la paz! La alegría y la paz de Cristo son más convincentes que los prejuicios que nos dividen. ¡Escuchemos la voz de sabiduría que nos dirige el Niño en el pesebre! Dios se ha hecho uno de nosotros para compartir su vida con nosotros. Respondámosle con amor y escuchemos su clamor mientras implora nuestro amor. ¡Feliz Navidad para ti, tu familia y tus seres queridos!

Isaías 52: 7-10; Hebreos 1: 1-6; Juan 1: 1-18



Fecha de la Homilía: el 25 de diciembre, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20251225homilia.pdf